

NICOLÁS SÁNCHEZ DÍAZ



AROMAS DE INFANCIA

MEMORIAS DEL CHICO  
DE LOS PERIÓDICOS

narrativa



esstudio  
ediciones

## Capítulo 1

### *La recogida de la prensa*

#### La primera obligación

Nada más poner un pie en la calle sentí como el helado frío del norte que arrastraba el viento me atenazaba las orejas, por lo que, instintivamente, me las cubrí con las manos en un vano intento de mitigar los perversos efectos del cierzo. Ya me lo decía, y con mucha razón, el tío Mariano, el alguacil: «Cierzo machacón, no deja al sol dar calor». Era uno de los refranes favoritos que me refería aquel esforzado y amable servidor público cuando me encontraba con él por la calle en días fríos y ventosos, mientras ambos desempeñábamos nuestro sacrificado servicio a la sociedad.

Clareaban las tímidas e incipientes luces del alba de uno de los primeros días del nuevo año, una vez pasadas las vacaciones escolares con motivo de la Navidad, y me disponía a llevar a cabo la primera de mis diarias obligaciones, como era repartir por el pueblo los periódicos, tanto de la mañana como de la tarde, a pesar de mis escasos nueve años.

Claro que la ropa que llevaba tampoco era la más apropiada a la fría época invernal que estábamos atravesando: todavía usaba pantalones cortos, de pana, con algún que otro remiendo; un descolorido jersey de lana con dibujos de

ochos, de cuello alto; debajo del cual llevaba solamente una camisa de franela algo desgastada por haberla heredado de mi hermano, y una camiseta de felpa con mangas largas; las botas eran de cuero marrón, de cordones, con algún que otro agujero y con unas medias suelas repuestas varias veces por Fidel, el zapatero. Con todo, lo mejor que llevaba eran unos calcetines gordos de lana de colorines que me llegaban hasta la rodilla, que me había hecho mi tía Petra —que también era mi madrina— y que me mantenían los pies secos y calentitos. Esperaba que me durasen muchos años. Tenía una bufanda de lana que solamente me ponía los días que nevaba, o aquellos en los que la helada mantenía los tejados blancos como si hubiese nevado, y los carámbanos de hielo, puntiagudos y transparentes, colgaban de los tejados amenazando con caerme sobre la cabeza.

En días gélidos como aquellos, los charcos se helaban y me gustaba mucho romperlos a pisotones y coger los trozos con las manos, porque primero se me ponían muy frías, pero cuando pasaba un rato me echaban fuego como si las tuviera delante de la lumbre.

Los periódicos de la mañana, que eran los que iba a buscar para repartirlos por el pueblo, los traía «la *rápida*» que venía de Madrid a las ocho, y que tenía la parada en la carretera de Extremadura, al otro lado de la gasolinera y del bar del tío Sota.

En realidad, no había parada: el autobús frenaba junto a la cuneta y la gente se bajaba o subía para continuar viaje. Tenía que llegar antes que el coche de línea, porque si el cobrador no me veía continuaban sin dejar el paquete.

Ya en la parada, y mientras esperaba la llegada del autobús, contemplé embelesado la columna de humo que

salía de la chimenea metálica del bar, lo que anunciaba que la estufa estaba encendida. Solo imaginar lo cerquita que estaba el momento de poder acercar las manos a la estufa y calentármelas ya me produjo cierta satisfacción; pero mientras llegaba el deseado momento me las froté y entrelacé repetidamente en un vano intento de que entrasen en calor.

El cobrador —los autobuses todavía llevaban cobrador—, que desde hacía años era el mismo, era un hombre poco agraciado físicamente, con unas gafas con los cristales tan gruesos que le hacían los ojos diminutos, unos dientes enormes y coloreados de un tono marrón que denotaban escasa higiene y provocaban cierta repulsión, bastante hurraño y desconsiderado con todos, y que parecía estar siempre especialmente enfadado conmigo. En esa ocasión, al verme asomado a la puerta delantera, tiró el paquete a la cuneta sin mirar si había agua o barro y sin esperar a que yo subiese a recogerlo. Nunca se dignaba contestarme, a pesar de que siempre le saludaba con un respetuoso: «Buenos días, señor cobrador»; por recomendación de mi madre, no por mi voluntad.

## El bar del tío Sota

Con el paquete en las heladas manos, crucé la carretera corriendo y me metí en el bar del tío Sota, que era como la estación del pueblo.

Allí esperaban los viajeros que iban a coger el autobús para ir a Madrid, y también los que iban para Talavera y Miajadas.

Mientras cruzaba la carretera me impregnó la helada nariz el olor azufrado y resinoso del humo de la estufa del bar, cuyas caprichosas volutas dibujadas en el aire formando una espesa y olorosa niebla se resistían a elevarse al cielo y se quedaban agazapadas, pegadas al tejado, como si tampoco quisieran exponerse al frío ambiente de aquella mañana invernal.

El bar, con una barra de madera a lo largo de la pared del fondo y unas cuantas mesas en el salón, era un local largo y estrecho, de una sola planta y con aspecto de haber sido una nave de ganado, con el tejado de uralita y un falso techo interior de cañizo enlucido de yeso. Como ni la puerta ni las ventanas metálicas cerraban muy bien, el frío se colaba por todas partes y solamente se estaba calentito alrededor de la estufa de hierro fundido, que siempre se encontraba rodeada de gente, con las manos arrimadas a la chapa como si quisieran arrancarle el poco calor que producía la leña, y que estaba colocada en una de las esquinas, junto a la ventana desde la que se veía la carretera. De vez en cuando, algún parroquiano levantaba la tapa y hurgaba con un gancho en las tripas de las brasas con la intención de avivar el fuego. En ese momento siempre se escuchaba la voz del tío Sota diciendo de mal humor: «Dejad en paz la estufa, que no se mete con nadie. Ya está bien de animarla, que la leña no se divierte y además no viene sola».

Yo nunca supe cómo veía los movimientos de los arremolinados alrededor de la pequeña estufa, porque se dirigía a ellos a pesar de estar de espaldas y tirando del brazo de la cafetera para preparar un café a alguno de los variados clientes. Creo que era un sexto sentido lo que le hacía detectar el exceso de gasto, porque el hombre era lo que se

podía considerar una persona poco derrochadora. Aplicaba a la perfección lo que siempre decía, machaconamente, mi tía María: «La mejor lotería es el trabajo y la economía».

El tío Sota —yo siempre le llamaba «tío Jesús», porque ese era su nombre— era un paisano de mediana edad, enjuto de carnes, bajito de estatura, con fama de avisgado, trabajador incansable, que vestía siempre un mono azul sobre el que portaba la cartera de cuero en bandolera en la que guardaba la recaudación del surtidor, dado que todavía no había llegado la perversa moda de los atracos, que, precisamente, empezó en las gasolineras por ser las más vulnerables.

Conmigo era siempre muy amable, a pesar de que nunca consumía productos del bar; pero creo que lo entendía porque sabía que yo también estaba atendiendo mi negocio. Al entrar siempre le saludaba, por cortesía; y él, invariablemente, me preguntaba por el tiempo y por las últimas noticias. Yo le contestaba siempre lo mismo: «Ya lo ve, tío Jesús, los que estamos en la calle, haga frío o calor, siempre lo pasamos mal». Y sobre las noticias, cuando había alguna verdaderamente llamativa se la comentaba, más que nada porque de esa forma también se enteraban los posibles clientes.

Además de regentar el bar, también gestionaba el surtidor de gasolina, que estaba al lado de la carretera, en dirección a Madrid, y que disponía solo de dos aparatos: uno de gasoil y otro de gasolina. Era un hombre muy conocido en la zona de la carretera de Extremadura debido a su trabajo en la gasolinera, y parece que su fama y popularidad se extendía hasta Madrid, algo de lo que presumía y que le llevó a sufrir lo que todos contaban como anécdota y que nunca supe si llegó a suceder realmente. El hecho es que parece ser

que en una ocasión en que se desplazó a Madrid por asuntos personales, acompañado de algunos amigos, estos decidieron gastarle una broma que consistió en pintar en un papel la frase: «Adiós, tío Sota», y pegársela, disimuladamente, en la espalda. Mientras circulaban por una de las más concurridas avenidas de la capital, empezó a funcionar la broma. Algunas de las personas con las que se cruzaban, leían la frase y la repetían en voz alta: «Adiós, tío Sota». Nuestro hombre, halagado por la alusión, se volvía y contestaba, emocionado, un respetuoso «Adiós». Parece que el hecho se repitió varias veces, sin que sus acompañantes diesen muestra de sorpresa por lo ocurrido, hasta que él, un poco extrañado de que tantos transeúntes le reconociesen, se lo comentó a los amigos como tratando de ratificar lo extendido de su fama. Fue entonces cuando los compañeros descubrieron, entre risas, lo que realmente había ocurrido, para lo que retiraron el papel de su espalda y se lo mostraron. Al parecer no le hizo mucha gracia la broma; y, desde luego, no se sabe si corrigió su exacerbada vanidad.

En el mismo espacio del surtidor efectuaban su parada los autobuses que iban a Madrid. A menudo se entremezclaban viajeros que bajaban o subían al autobús y conductores de coches particulares que repostaban, lo que ocasionaba que a veces se produjeran discusiones a propósito de la coincidencia de uso del mismo espacio. En varias ocasiones presencié enconadas disputas entre usuarios de las dos actividades, que en algún caso llegaron a convertirse en peleas que me divertían y atemorizaban a partes iguales, más que nada por la falta de costumbre, ya que en el pueblo casi nunca pasaba nada.

## El repaso de la prensa

Arrimado al amor de la estufa desaté el paquete de periódicos y, después de aspirar y disfrutar el penetrante olor a tinta que despedía, cogí uno de ellos para revisar el contenido y enterarme de las noticias que contaba en sus páginas.

Como siempre, lo primero que me llamó la atención fue la portada, ya que era habitual que trajese alguna foto que ilustrase la noticia más importante de la edición, que en este caso se trataba de las inundaciones en Ribadelago.

A pesar de haber visto en alguna película que los repartidores en algunas partes pregonaban las noticias, yo no lo hacía; un poco por vergüenza y otro porque, si la gente sabía lo que había pasado, no me compraban el periódico.

Aquellos ejemplares del *Diario Ya* de los primeros días del nuevo año traían noticias preocupantes de la violenta y armada llegada de unos barbudos a La Habana, la capital de Cuba, encabezados por Ernesto *Che* Guevara, y a Santiago de Cuba comandados por Fidel Castro. Era el comienzo de la Revolución Cubana, que expulsó del país a Fulgencio Batista e impuso un régimen comunista que, al principio, contó con el reconocimiento de Estados Unidos. Se considera el día uno de enero de 1959 como el inicio de la revolución comunista que mantiene sojuzgada a la sociedad cubana desde hace más de sesenta años.

A la vez que me calentaba repasé los titulares más importantes, tanto de política como de deportes, con el fin de poder informar a la gente de los temas de actualidad, ya que la mayoría de las personas que compraban uno de los periódicos primero me preguntaban por lo que traía, y lo



compraban o no dependiendo de su interés, pero siempre se fiaban de mi criterio. Una vez enterado de lo novedoso e importante, me iba al final del ejemplar, a la última página, y disfrutaba repasando el crucigrama —sin hacerlo, por supuesto— y el jeroglífico, ambos de mi admirado Pedro Ocón de Oro. A veces me pasaba todo el tiempo del reparto tratando de descubrir el jeroglífico, resistiendo la tentación de ir a la página de las soluciones donde podía encontrar la respuesta.

En concreto, el de aquel día presentaba una letra T montada sobre unos patines que se había estrellado contra un árbol, y la incógnita solo decía: «Dulce manjar». Después de mucho cavilar y buscar opciones variadas, llegué a la conclusión de que tenía que ser: «Chocolate». Al describir el dibujo se apreciaba que el mensaje decía: «chocó la te». Este había sido bastante sencillo.

También se hablaba por aquellos días del lanzamiento por parte de la Unión Soviética de la sonda *Luna 1*, primer artefacto enviado a la Luna que conseguía alcanzar la velocidad de escape de la Tierra, aunque no llegó a nuestro satélite y se quedó orbitando a unos seis mil kilómetros de distancia. Eran unos avances importantísimos que despertaban el interés general y que, a la vez, sorprendían por la novedad y la incompreensión técnica del asunto.

*Aquel hecho sí que puede enmarcarse en lo que todos consideraban como la llegada del futuro y al acceso a las «nuevas tecnologías», algo de lo que tanto se alardea en tiempos contemporáneos y que no es más que el perfeccionamiento de lo que empezó en aquellas fechas.*

En el aspecto nacional, tan escaso de noticias políticas en aquella época, lo más llamativo y trágico de aquellos impacantes primeros días del nuevo año eran las inundaciones causadas en el pueblo zamorano de Ribadelago por la rotura de la presa del embalse de Vega de Tera, con el terrible resultado de 144 muertos en una población de 516 habitantes. Fue de las primeras veces en que se despertó un gran sentimiento de solidaridad con los damnificados, lo que motivó el envío de grandes cantidades de ayuda en forma de medicinas, mantas, ropa y alimentos de primera necesidad.

Dado que el *Diario Ya* era propiedad de la Conferencia Episcopal, por medio de la Editorial Católica, siempre mostraba especial interés en los temas religiosos, y por aquellas fechas dio la noticia de la próxima celebración del Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII, y que tanta importancia tuvo en la renovación de la liturgia y la puesta al día de la Iglesia. Este Concilio fue, sin duda, uno de los acontecimientos religiosos más importantes del pasado siglo xx.

Al verme tan enfrascado en el repaso del ejemplar, siempre había alguno de los viajeros que me preguntaba el motivo de aquel interés, y muchas veces conseguía venderse-lo con la condición de haberle interesado con un tema de los que le había resaltado.

Es importante destacar que el reparto diario de la prensa se hacía de dos formas distintas: por un lado, tenía una serie de clientes abonados que recibían diariamente el ejemplar en su casa y pagaban a final de mes. Yo les conocía a todos y les respetaba su número, incluso cuando por algún motivo especial la venta era muy rápida y no había ejemplares para todos los interesados. Muchas veces se